

CIENCIAS DE LA SOCIEDAD Y SOCIEDADES EN RAPIDA TRANSFORMACION

UNA DECISION CRITICA

1

Como en el caso de otras disciplinas científicas, el contenido de las que se dedican al estudio de las sociedades humanas se ha diversificado en forma continua en el transecurso de los últimos ochenta años. Diversificación no siempre es sinónimo de progreso. En efecto, aunque los temas incluidos en el análisis de lo social se hayan multiplicado, bien puede ocurrir que el valor intrínseco de ese análisis no se haya enriquecido por ello. La ampliación de la temática específica conduce a un fenómeno muy característico del período al que nos referimos: la multiplicación de las especialidades dentro de las especialidades. Es difícil hacer en este momento un enunciado completo de las especialidades de la sociología o de la economía que aspiran a ser reconocidas como tales, pero lo cierto es que cada una de ellas tienen analistas que se proponen actuar con celosa exclusividad dentro de los límites que ellos mismos reconocen como propios.

Algo más ha ocurrido en esta etapa a la cual nos referimos. La materia viva de la cual tratan estas disciplinas es la sociedad humana y, en principio, las adquisiciones que esas disciplinas hagan deben tener alguna proyección inmediata sobre el destino de aquélla. Como consecuencia de ello y precisamente en la medida en que cada una de las ciencias de lo social se propone gravitar sobre el destino de la comunidad, se

hace menester la elaboración de técnicas que puedan traducir sus planteamientos generales en prácticas especializadas para la solución de problemas concretos. Esta tendencia, inevitable, se transforma en otra fuerza igualmente poderosa que estimula y exacerba la especialización. Muy pronto se descubre que la técnica misma tiene sus propios mecanismos de liberación, como si tendiera a crecer incesantemente y perder de vista, con excesiva rapidez, las fuentes teóricas de las cuales ha nacido. La técnica y los técnicos de lo social se ven envueltos en un espejismo muy característico y universal que se presenta como apoteosis de la especialización.

Por una y otra vías, durante el período histórico a que hacemos referencia, el investigador de lo social se ha ido encerrando dentro de fronteras trazadas con tan excesiva nitidez que hasta la comunicación de una hiperespecialidad se hace difícil respecto de otra hiperespecialidad. No se trata ya de la dificultad que tiene el economista para hacerse entender por el sociólogo, sino del problema que se le presenta al economista especializado en producto nacional para valerse de los datos que le suministra el economista especializado en transporte terrestre.

Dentro de esta corriente diversificadora, ocurre con alguna frecuencia que una técnica de medición de lo social que se propone emanciparse de toda tutela teórica termina proclamando su propia teoría que, en realidad, sólo es una modesta formulación de su metodología en términos generalizadores y enarbola su bandera de independencia atribuyéndose la categoría de nueva ciencia. Parecería que en el análisis de lo social se hubiera descubierto ese mecanismo por el cual todos los menores de edad pueden alcanzar su emancipación legal mucho antes de reunir las condiciones básicas de autonomía mental.

2

La historia de las ciencias sociales tiene, claro está, relación íntima con la historia de la sociedad misma. Aunque pa-

rezca paradójico, sin embargo, hay especialistas de lo social que se creen en condiciones de escribir una historia del análisis social —llámese sociología, economía o demografía— sin tener en cuenta la historia de la sociedad en cuyo seno nacen y se transforman.

Algo ocurre en la sociedad global que crea ese caldo de cultivo de las especializaciones múltiples; ese estado de confusión mental que lleva a la imposibilidad de diferenciar lo que es técnica de lo que es metodología y de lo que es teoría. En el fondo esa es la consecuencia inmediata de la necesidad que existe de enfrentar problemas cada día más complejos. Pero no es, por supuesto, su mejor solución.

Hay otro motivo vital. La conciencia de que en esta sociedad de masas en la cual vivimos los problemas que atañen al destino de grandes sectores humanos ya no pueden ser olvidados sino que deben ser resueltos, invade también el terreno del análisis de lo social y le llena de todo género de inquietudes.

Sin embargo, la diversificación y la acumulación de datos, por sí mismos, no traen la respuesta anhelada. Conocer mucho, pero fragmentariamente, puede ser la antesala del caos. Al hacer esta observación, no nos ponemos en guardia contra el peligro del conocimiento excesivo sino del conocimiento excesivamente inorgánico.

La técnica, por más que haya surgido como consecuencia de la fragmentación del conocimiento y de su aplicación a problemas concretos e inmediatos, puede también conducir a un callejón sin salida precisamente por la misma vía de la fragmentación del conocimiento. Lo grave es que la técnica pierda su contacto con la teoría; que llegue a ignorar que su función sólo cobra sentido y utilidad cuando la mente humana puede relacionarla con un contexto conceptual muchísimo más vasto. Las sociedades humanas están entrando en etapas de desarrollo tan acelerado que ya nos parece que, juzgando con las pautas habituales, calificarlas de revolucionarias no responde enteramente a la velocidad del cambio que las conmueve. Nin-

guna noción de rapidez social elaborada a la luz de la experiencia histórica acumulada hasta el presente servirá para explicar lo que ha de ocurrir en el futuro inmediato. ¿Cómo conciliar esta realidad y esta perspectiva con lo que está ocurriendo en el terreno de las ciencias de lo social? Ambas corrientes —la que atañe a las sociedades humanas mismas y la que se refiere a las ciencias de lo social— se encuentran en algún punto crítico: si las ciencias sociales no responden a la velocidad del cambio y no logran ofrecer una imagen integral del objeto de su análisis, si las técnicas que en ellas se nutren no ofrecen soluciones posibles a los problemas inmediatos es evidente que habrán perdido su turno histórico.

Pero no tenemos por qué suponer que las ciencias de la sociedad han de ser incapaces de captar la gran mutación que se engendra en esta. No es éste el lugar de explorar su posible derrotero, pero hay ciertos problemas altamente sintomáticos que asedian hoy a los investigadores de lo social y la necesidad de cuya solución puede irles empujando hacia la frontera de la metamorfosis. A dos de ellos deseamos referirnos en particular.

3

Uno de esos problemas surge de lo que ocurre dentro de cada especialidad de lo social. Hasta ahora, la sistematización de los datos con los cuales cada una de estas especialidades trabaja continúa repitiendo las pautas tradicionales. El investigador se maneja con métodos para asimilar la información nueva que no han sufrido alteraciones fundamentales desde hace mucho tiempo. Los datos, en cambio, sí han sufrido alteraciones fundamentales: en parte, en lo que atañe a su naturaleza misma; pero, principalmente, en lo que atañe a su número.

El esfuerzo de los miembros de las respectivas profesiones científicas, la multiplicación de su número y, sobre todo después de la segunda guerra mundial, la gran ampliación que

han experimentado los canales de información internacional han elevado la masa de datos disponibles hasta magnitudes insospechadas pocos años atrás. Aún hay algo más que complica el panorama: el investigador de lo social sabe hoy que ya no le es permitido ignorar ciertos tipos de datos que sus antecesores generalmente no tenían en cuenta en sus planteamientos específicos. Ocurre, pues, que el especialista ha llegado ya a la conclusión, aunque por pudor profesional puede aún no confesarla, de que le resulta materialmente imposible, por desconocimiento que fuere su esfuerzo, mantener al día su información especializada; precisamente en el momento en que ya no puede dejar de reconocer que hay datos económicos, sociológicos, demográficos o políticos que antes no eran considerados como tales.

Pero hay todavía otra comprobación que agrava su panorama. No ha logrado aún el especialista encontrar el procedimiento que le permita, humildemente, mantenerse al día con la información especializada cuando ya debe aceptar una conclusión que le agrega su dosis de profundo sobresalto: ninguno de los problemas que se plantean tradicionalmente las ciencias de la sociedad puede ser resuelto con elementos de conocimiento y con técnicas originadas exclusivamente dentro de esas ciencias. En otros términos, por ejemplo, no hay ningún fenómeno considerado tradicionalmente económico que no sea, a la vez, político y social, por no decir también demográfico y cultural. Si quisiéramos traer un ejemplo de nuestra vida cotidiana podríamos referirnos a los fracasos, tan reiterados en el terreno de lo práctico y lo inmediato, que las corrientes económicas desarrollistas han experimentado en los últimos veinte años en los países latinoamericanos y que constituyen una de las experiencias históricas más decisivas a este respecto. Se trata, probablemente, del más obstinado esfuerzo registrado hasta ahora por plantear los problemas económicos como exclusivamente tales, en una mezcla de honestidad profesional y de devoción tecnicista quizá insuperables. Podría suponerse que el planteamiento técnico-económico mismo ha sido defec-

tuoso, pero la explicación no basta para medir la histórica reiteración de los fracasos. Lo que ha ocurrido es que ni uno solo de los problemas económicos enfrentados era, en rigor, económico, sino tan político y social como económico. Y para estos dos últimos aspectos el economista no tenía respuesta ni técnica.

Pero en modo alguno debe recaer esta conclusión de orden general tan sólo sobre los desarrollistas que han actuado en los últimos cuatro lustros. No hay, por ejemplo, especialidad más incapaz de explicar sus fenómenos específicos que la demografía, a tal punto que sus planteamientos, cuando se obstinan en mantenerse dentro de un marco estrechamente tecnológico, parecen presentarla como la más formal de todas las ciencias sociales y, por lo tanto, la más desprovista de explicaciones autónomas. Tampoco las corrientes surgidas en los últimos veinticinco años en el seno de la sociología pueden presentar antecedentes más plausibles. Diríase que se ha trabajado con un apego a lo formal que implica una renuncia previa a toda posibilidad de explicar el fenómeno. Lo curioso es que quienes adoptan esa actitud no piensan que el fenómeno sólo puede explicarse dentro de un contexto empírico o teórico mucho más amplio, sino precisamente todo lo contrario: es decir, que el fenómeno así descripto agota todas las posibilidades de captación racional. La geografía humana, tal como algunos autores la han planteado, parece acercarse más a un grado aceptable de integración y eficacia, pero no olvidemos que es la ciencia social que se provee con mayor libertad y frecuencia de datos procedentes de todas las demás ciencias de este grupo.

Ya es entonces suficientemente grave comprobar que ninguna de las ciencias sociales contemporáneas puede explicar sus problemas dentro de sus propias fronteras mientras que, día tras día, se precipitan sobre sus especialistas multitud de datos que desbordan holgadamente sus posibilidades actuales de coordinación y captación.

De lo dicho surgen dos tareas de extraordinaria envergadura que en los años inmediatos esperan a los científicos de lo social. Una consiste en inventar nuevos sistemas de registro y coordinación sistemática de datos, que permitan trabajar con grandes masas de éstos, seleccionándolos primero y sistematizándolos después dentro de plazos y condiciones razonables, que no agoten ni el tiempo vital del investigador ni la energía mental que éste debe destinar a funciones creadoras más importantes. Por otra parte, será menester formular teorías integralizadoras que permitan otorgar a los datos parciales un sentido del cual, de otra manera, carecerían; teorías tan dinámicas como lo es el proceso histórico al cual deben aspirar a interpretar y propulsar a la vez.

La sistematización de los datos a que me he referido coloca al investigador frente a problemas inéditos. Nunca antes se había enfrentado la posibilidad de que el investigador se ahogara en un océano de datos, cuyo nivel crece con cada hora que transcurre. El trabajo en equipo y los métodos aplicados hasta este momento de ninguna manera resuelven el problema. No nos referimos a la capacidad de almacenamiento o de clasificación puramente formal, ni a cuadros de correlación excesivamente generalizadores y formales. Tenemos la imaginación puesta en lo que no existe: en mecanismos que deberán inventarse como consecuencia de una formulación teórica general, que conduzcan a ordenar el conocimiento y coloquen al investigador dentro de una arquitectura lógica que le permitan abreviar notablemente el camino que ha de conducirle a la síntesis. El instrumental básico existe; los canales de comunicación también. Lo que falta es un nuevo modelo metodológico, cuya invención puede tener para las ciencias sociales un valor revolucionario. Pero aún ese modelo será el fruto de una formulación teórica integral previa, aunque lo fuere a título de hipótesis provisional, porque es imposible sistematizar datos sin saber previamente qué función han de cumplir esos datos

En cuanto a la presencia de teorías integralizadoras, el científico no será ya el autor de una actitud inédita sino que, muy por el contrario, volverá a respetar una tradición larga y fecunda. Nos referimos a esa antigua inquietud del hombre por comprender el todo: su relación con el conjunto y la dinámica del conjunto como tal. Los aportes más incuestionablemente creadores se entroncan con esa tradición durante varios siglos y, particularmente, en el XIX. Algunas necesidades técnicas ineludibles y ciertas en el siglo XX y, sobre todo, esa característica actitud de una cultura que tiende a sumergirse enteramente en unidades de conocimiento pequeñas y, por lo tanto, inexplicables de por sí, evadiendo la tremenda y estimulante responsabilidad de captar e interpretar el todo, han ido empujando el análisis de lo social hacia la más humilde de las actitudes, que es la que ha predominado en los últimos lustros.

Vale la pena que nos detengamos un instante en este concepto de la unidad del conocimiento. Todo análisis implica un planteamiento de datos y procesos sobre cuya estructura lógica el investigador compromete una opinión. Pero, ¿cuáles son los límites mínimos de ese planteamiento dentro de los cuales pueda actuar una estructura lógica? Los hay, sin ninguna duda. En la práctica profesional del economista, del sociólogo, del antropólogo, del teórico de lo político, del demógrafo y del historiador surge a diario esta interrogante clave, oculta sólo para quienes padecen de deformación profesional: un campo de observación muy limitado ¿es susceptible de interpretación?. La respuesta debe ser negativa. En efecto, para que la interpretación tenga validez lógica, los límites del campo de observación, es decir, en este caso, de la unidad de conocimiento, deben ampliarse en forma tal que su dinámica tenga algún sentido para la ciencia y, por lo tanto, para las comunidades a las cuales se aplica.

Trabajar con unidades de conocimiento infinitamente pequeñas ha constituido la precondición del barroco tecnologista, en parte por ignorancia de la realidad y, en parte, por temor a ella.

La necesidad de una teoría integral ya no resulta una simple opción entre varias. No sólo es la vía única que puede reubicar al hombre frente a los procesos históricos, excepcionalmente dinámicos que le envuelven sino que, además, es la precondition indispensable para que los métodos y las técnicas pierdan su ceguera característica.

No se puede, por cierto, sujetar las condiciones y los plazos a planificación, y elegir quienes han de ser los que construyan la teoría integradora, como sí se puede hacerlo para preparar metodólogos y técnicos. Se están gestando apetencias lógicas y condiciones materiales que pueden resultar propicias para que la actitud teórica rebrote en el seno de disciplinas que la han olvidado casi hasta el menosprecio en los últimos lustros.

Estos nuevos planteamientos tendrán consecuencias har- to fecundas. Serán ellos los que más poderosamente contribuyan a reubicar al investigador de lo social en su mundo contemporáneo. Pero, sobre todo, sólo por esa vía la investigación de lo social podrá transformarse en instrumento del conocer y en forma del hacer, con una proyección directa e inmediata sobre procesos altamente dinámicos.

SERGIO BAGU

Bulnes 2783, 6°, 25, Buenos Aires

